



## DIARIO DE VIAE



# Gabi Martínez

*En Pakistán, tras los pasos del hombre que pudo ser rey*

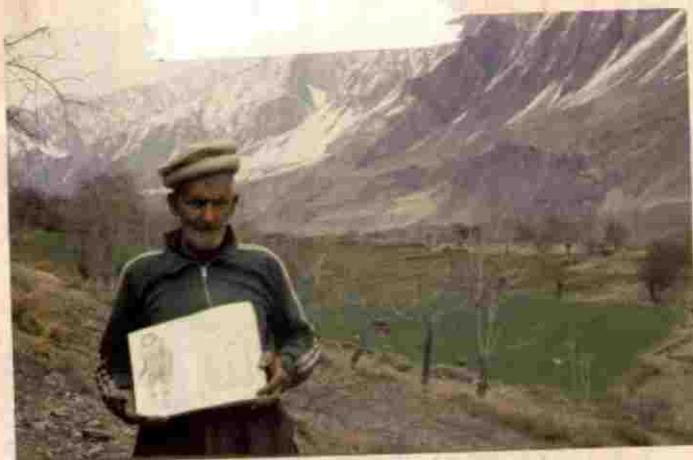
“Sólo para gigantes” (Alfaguara / Amsterdam) es un trayecto al corazón de un hombre que apela a la memoria y desafía a la política y el miedo. Entre Francia y las montañas del Hindu Kush, en Pakistán, Gabi Martínez siguió la sombra de Jordi Magraner, un zoólogo galo que fue en busca del yeti (para él, el eslabón perdido), que fue adoptado por la tribu de los kalash y que cayó asesinado coincidiendo con el ascenso talibán en esos valles asiáticos. Pese a jugarse la piel con esta investigación, el cronista tuvo también arrestos para vivir su epílogo: colocar por fin una lápida en la tumba de su protagonista.

texto GABI MARTÍNEZ fotos GABI MARTÍNEZ / ARCHIVO DE LA FAMILIA MAGRANER



Tras meses de conversaciones, la familia de Jordi me abrió su casa en un suburbio de Valence, Francia. Las paredes narraban la historia sentimental de los Magraner y, por encima de cualquier imagen, destacaba este pequeño altar en memoria de Jordi. La mayoría de vecinos del barrio son musulmanes. En la calle había restos de coches quemados por las revueltas contra el Gobierno. A Jordi, de origen español, lo asesinaron en Pakistán. Un balón golpeó contra el ventanal. "¡Moranges!", exclamó la hermana de Jordi. "No -dijo su madre- Estos vecinos son buena gente. Me saludean muy amables y me tratan muy bien. Una cosa es una cosa y otra es otra".

Al adentrarse en los bosques del Vercors, la cordillera de su infancia y juventud, Jordi descubrió que su mundo estaba allí. En la naturaleza. El instinto y la luz le bastaban para orientarse. No se perdió jamás. Pájaros, perros, lagartos... los animales se le acercaban, le tocaban. "Por qué tengo este poder", se preguntó. "Era una enciclopedia natural", dicen de él. "Tenía un instinto con los animales. Lo sabía todo de ellos". "Poseía la intuición del cazador". Se convirtió en uno de los grandes especialistas en reptiles y anfibios de Francia porque le interesaba lo que a otros no. Había forjado un sistema de valores distinto, en el que no solo el león, el oso o la ballena eran magníficos, sino también todas esas criaturas capaces de sobrevivir en los charcos o la maleza. Se hizo pagano. Su Dios sería el Sol. Se sentía fuerte, autónomo, joven. Capaz de gritar, de rugir a favor de un nuevo orden.



Darwin no explica por qué el ser humano puede hablar. Ni el porqué de la conciencia. Los estudios de Jordi sobre la evolución del cráneo y las historias del Hindu Kush le animaron a pensar que era posible encontrar el eslabón perdido del hombre. Viajó a Chitral, donde además, entre los musulmanes sobrevivía una comunidad pagana descendiente, decían, de los ejércitos de Alejandro Magno. Diseñó un cuestionario de 63 preguntas que repetía sistemáticamente a campesinos y pastores de la región que aseguraban haber visto al yeti, allí nombrado "barmanu", que significa "musculoso, gordo, robusto". Por primera vez alguien aplicaba un método científico para buscar al monstruo? Como dibujaba bien, los encuestados reconocían a la bestia en el papel. El de la foto es el pastor Pirdum Khan. Al principio, Jordi desconfiaba de los testimonios. Hasta que él mismo escuchó aquellos gritos en la noche.



## DIARIO DE VIAJE | GABI MARTÍNEZ



Fjord -un alaskan malamut- y Shamsur -un niño nouriستاني- se erigieron en sus principales apoyos afectivos cuando, después de seis años y tres expediciones, Jordi decidió instalarse definitivamente en Chitral. La comunidad científica internacional le había prestado una cierta atención, incluso le invitaron a encopetadas conferencias, pero lo que él más deseaba era seguir en los valles. El malamut era capaz de cargar hasta veinte kilos de peso al internarse en los borques. El niño pasó a ser su discípulo. Le enseñó idiomas, intentó refinar sus modales y, cuando escaseó de dinero viajó a Peshawar a dirigir la Alliance Française, se lo llevó consigo. Sin embargo, Shamsur no iba a adaptarse a la vida en la ciudad. Prefería sus porros, tumbarse en la hierba. Más adelante viajarían a Lyon y París, pero Shamsur seguía sin estar dispuesto a aprender. Mientras, Fjord velaba por su amo. En una ocasión, lo iba a salvar la vida.

En 1995, Jordi escribió a su familia: "Hace unos meses que ha nacido una nueva fuerza afgana: los talibán". El simpático explorador vestido de camuflaje, con gafas infrarrojas (el "barmani" sale de noche) y rifle (con dardos narcóticos para dormir a la bestia), pasó a ser un intruso. Un espía? Comenzó la guerra en Afganistán. Las ONGs instaladas en Peshawar debieron cerrar las rutas que las conectaban al valle del Panjshir afgano, donde miles de personas necesitaban ayuda. Los responsables de Aide Medicale International se empeñaron en abrir una vía. ¿Quién podía hacerlo? Les hablaron de Jordi. Era un tipo duro, nada fácil. Pero conocía las montañas mejor que pakistaníes y afganos. En cuanto se lo ofrecieron, aceptó. Negoció con los caravaneros de lapisthqui, con los talibanes, y en compañía de su joven colaborador Aminullah -en la foto, el de camiseta blanca- montó un convoy de cuarenta burros que abasteció al ejército y enseres básicos a miles de desamparados.



La presión musulmana sobre los kalash acabó de identificar a Jordi con esta comunidad pagana. Es cierto que su primer contacto, en 1988, no fue alentador. Pero el paso de los años le permitió identificarse hasta límites impensados con la asfixia, el orgullo y la resistencia de los kalash. Mantenía la esperanza de ser coronado en Europa como investigador ejemplar pero a esas alturas había madurado lo bastante, comprendiendo como sólo algunos comprenden que había cosas por encima del éxito. Por ejemplo: había personas junto a las que compartir una visión del mundo. Y, con el beneplácito de los paganos, se hizo kalash. Degolló a un macho cabrío ante el altar del dios Mahandeo, derramó unas gotas de sangre en su cabeza. Por la noche, sentado en la cama con Fjord a sus pies, se preguntó: "¿La plenitud será esto?"



Esta es una hermana de Wazir, el chico al que asesinaron junto a Jordi. Era el primer kalash que acogía en su casa. Los kalash son considerados infieles por los musulmanes. Jordi financió a los Narradores de la Tradición, profesores kalash que enseñaban la historia de su pueblo a los niños. Tras los atentados de las Torres Gemelas, aumentó la tensión entre kalash y musulmanes. Un policía recomendó a Jordi que abandonara los valles. Mientras, coches nuevos con los cristales tintados recorrían las montañas. La CIA, los talibanes y los servicios secretos pakistaníes tomaban posiciones. Jordi ya no podría abstraerse de los ataques contra él.

Shamsur no esperaba mi llegada. Fue declarado por la policía sospechoso del asesinato de Jordi en agosto de 2002 y durante tres años debió fichar periódicamente en la comisaría de Chitral. Los celos, el robo o la venganza se contaban entre las razones de su posible participación en el crimen. El chico siempre lo negó, y fue excusado. Cuando aparecí, se mostró muy nervioso. Se contradecía al hablar, no fijaba la mirada en ningún punto. Tenía cuatro hijos y continuaba ganándose la vida recojiendo hierba, matando pájaros. La miseria de su pueblo en la falda de las montañas afganas era abrumadora. Ante su hermano Khalil, también sospechoso, se mostraba aún más reservado e inquieto. Las miradas esquivas de los habitantes de las montañas, el saberme intruso y solo en aquel lugar aislado, me hicieron aún más consciente del peligro. Cuando logré el inesperado testimonio de un vecino temí en serio por mi vida.



Un empleado de Jordi cargó la lápida al hombro justo cuando el almudano llamó a la oración de la tarde. Nos dirigimos al cementerio kalash, donde todas las tumbas habían sido profanadas. Todas menos la de Jordi. Yo había recibido el encargo de la familia Magraner de colocar la lápida que debía sellar el fin de la historia. Con ese gesto, los Magraner aceptaban que el cuerpo de su querido aventurero descansara para siempre en las montañas. No hubo ceremonias. Después de cumplir el deseo de la familia, compartí una cena pipirara e íntima con Shamsur y el kalash Abdul en la que ambos recordaron algunos buenos momentos con Jordi. Al salir, Khalil esperaba. "Quería desearte las buenas noches". En mi cuarto de tres camas, apoyé un colchón contra la puerta, otro contra una ventana rota y me acosté empujando la navaja, sabiendo que si entraban no tendría ninguna posibilidad.